

Le Corbusier

La Ciudad del Futuro



Ediciones Infinito Buenos Aires

La Ciudad del Futuro

Título del original en francés:

Urbanisme

Publicado por Éditions Crès, París

Primera edición en francés, 1924

Primera edición en castellano, 1962

Segunda edición en castellano, 1972

Tercera edición en castellano, 1985

versión castellana

E. L. Revol

Cubierta y disposición tipográfica: C. A. Méndez Mosquera

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

Impreso en la Argentina - Printed in Argentina, 1985

© Copyright de todas las ediciones en castellano by

Ediciones Infinito, Paraguay 610, piso 23, Buenos Aires, Argentina.

Le Corbusier

La Ciudad del Futuro



Ediciones Infinito

Buenos Aires

Biblioteca de Planeamiento y Vivienda

Dirigida por los arquitectos

J. E. Hardoy y C. A. Méndez Mosquera.

Advertencia

Si codicia las verdades primordiales, el espíritu se aniquila; si se casa con la tierra, se abona.

Max Jacob (*Philosophies*, nº 1, 1924)

La ciudad es un instrumento de trabajo.

Las ciudades ya no desempeñan normalmente esta función. Son ineficaces: gastan el cuerpo, se oponen al espíritu.

El desorden que en ellas se multiplica resulta agravante: su decadencia hiere nuestro amor propio y ofende nuestra dignidad.

No son dignas de la época: tampoco son dignas de nosotros.

¡Una ciudad!

Es la manumisión de la naturaleza por el hombre. Es una acción humana contra la naturaleza, un organismo humano de protección y trabajo. Es una creación.

La poesía es un acto humano: las relaciones concertadas entre imágenes perceptibles. La poesía de la naturaleza sólo es exactamente una construcción del espíritu. La ciudad es una imagen poderosa que acciona nuestro espíritu. ¿Por qué no habría de ser la ciudad, también ahora, una fuente de poesía?

La geometría es el medio que nos hemos dado para percibir alrededor nuestro y para expresarnos.

La geometría es la base.

Es, asimismo, el soporte material de los símbolos que representan la perfección, lo divino.

Nos aporta las satisfacciones excelsas de la matemática.

La máquina procede de la geometría. Toda la época contemporánea, por tanto, es, esencialmente, geometría; su ideal lo orienta hacia los goces de la geometría. Las artes y el pensamiento modernos, después de un siglo de análisis, buscan más allá del hecho accidental, y la geometría los conduce a un orden matemático, actitud cada vez más generalizada.

La casa plantea nuevamente el problema de la arquitectura al plantear el de medios de realización totalmente nuevos, al plantear el de un plano completamente nuevo adaptado a una forma nueva de vida, al plantear el de la estética que surge de un estado de espíritu nuevo.

Hay un momento en que una pasión colectiva subleva una época (el pangermanismo de 1900-1920 al igual que la caridad de los primeros cristianos, etc.).

Tal pasión anima los actos y los colora con fuerza, los dirige.

En la actualidad, esta pasión es la de la exactitud. La exactitud llevada muy lejos y elevada al rango de ideal: la búsqueda de perfección.

No hay que ser derrotista para practicar la exactitud: hace falta un coraje obstinado y fuerza de carácter. La época ya no es de tranquilidad y blandura. Está enérgicamente afirmada en la acción. No hay que ser derrotista para hacer lo que sea (ni tampoco tonto ni desilusionado); hay que creer: hay que tocar el fondo bueno de la gente.

No hay que ser derrotista para soñar con el urbanismo moderno porque esto significa acordar que se trastornarían muchas ideas aceptadas. Pero hoy puede soñarse con hacer urbanismo moderno porque es el momento y porque una pasión colectiva es desencadenada por las necesidades más brutales y guiada por un elevado sentimiento de verdad. Un despertar del espíritu reforma ya el marco social.

Parecería que sucesivas experiencias señalan la solución y que la hipótesis está firmemente arraigada en las verdades de la estadística. Hay un momento en que una pasión colectiva es capaz de sublevar una época.

El año pasado trabajaba en este libro en el vacío del verano parisino. Esa carencia momentánea de la vida de la gran ciudad, esa quietud, terminaron por sugerirme que me dejaba arrastrar por la magnitud del tema, arrastrar más allá de las realidades.

Llega el 1º de octubre. A las seis de la mañana en los Champs-Élysées, de súbito, es la locura. Después del vacío, la reanudación furiosa del tráfico. Después, cada día acentúa más esta agitación. Uno sale de casa y, habiendo pasado la bóveda, sin transición, henos aquí convertidos en tributarios de la muerte: los autos pasan. Veinte años atrás me llevan a mi juventud de estudiante; la calle nos pertenecía: en ella se cantaba, en ella se discutiría... el ómnibus a caballos se movía lentamente.

En este 1º de octubre de 1924 se asiste en los Champs-Élysées, al aconteci-

miento, al renacimiento titánico de esta cosa nueva, cuyo impulso habían quebrado tres meses de vacaciones: la circulación. ¡Autos, autos, rápido, rápido! Uno está sobrecoigido, el entusiasmo puede apoderarse de nosotros, la alegría. No es el entusiasmo de ver brillar, bajo los rayos de los faros, las carrocerías brillantes. Sino el entusiasmo de la fuerza. El cándido e ingenuo goce de estar en medio de la fuerza, de la potencia. Uno participa en esta potencia. Uno forma parte de esta sociedad cuya aurora despunta. Uno tiene confianza en esta sociedad nueva que encontrará la magnífica expresión de su fuerza. Uno lo cree.

Su fuerza es como un torrente que las tormentas han hecho crecer: una fuerza destructora. La ciudad se disgrega, la ciudad no puede durar más, la ciudad está terminada. La ciudad es demasiado vieja. El torrente no tiene lecho. O sea que es una forma de cataclismo. Es una cosa absolutamente anormal: el desequilibrio aumenta de día en día.

Ahora todos sienten el peligro. Señalemos de paso que en pocos años ya se ha olvidado la alegría de vivir (la buena alegría secular de dejarse ir tranquilamente sobre sus piernas); uno se absorbe en una actitud de bestia acosada, de sálvese quien pueda cotidiano¹; el signo ha cambiado; la normalidad de la existencia está arrasada, afectada por el signo negativo.

Se proponen tímidas soluciones... Conocéis ese pueril ardor que ponen los habitantes de la aldea en levantar barreras improvisadas, en medio de la premura y el desvarío, para encauzar el torrente crecido bajo la tempestad y que ya hace rodar la destrucción en sus furiosos remolinos...

Hace quince años, en el curso de largos viajes, medi la fuerza omnipotente de la arquitectura, pero tuve que recorrer difíciles etapas para hallar el ambiente necesario. Ahogada la arquitectura bajo la avalancha de legados incoherentes sólo se ligaba al espíritu por un difícil desvío y sólo conmovía débilmente. En cambio, una arquitectura bien asentada en su medio hacía sonar alegremente la armonía y conmovía profundamente. Sentí ante el hecho, y lejos de los manuales, la presencia de un factor esencial: el urbanismo, palabra que sólo conocí más tarde.

Estaba consagrado totalmente al arte.

Un día, la lectura de Camillo Sitte², el vienés, me inclinó insidiosamente hacia el pintoresquismo urbano. Las demostraciones de Sitte eran hábiles,

¹ Es exactamente cierto: uno arriesga la vida a cada paso. Suponed que vuestro pie se resbala, que un desfallecimiento os hace caer...

² Der "Staedtebau".

sus teorías parecían exactas; pero estaban fundadas sobre el pasado. A decir verdad, eran el pasado; y el pasado venido a menos, el pasado sentimental, la florecilla un poco insignificante al borde del camino. Este pasado no era el de los apogeos; era el de las transacciones. La elocuencia de Sitte iba bien con ese enternecedor renacimiento del "techo" que debía, con una paradoja digna de la celda de orates, desviar grotescamente la arquitectura de su camino (el "regionalismo").

Cuando en 1922, a pedido del Salón de Otoño, hice el diorama de una ciudad de tres millones de habitantes, me confié a las vías seguras de la razón y, digeridos los lirismos de otrora, tuve la sensación de concertarme con el de nuestra época que amo.

Mis amigos íntimos me dijeron, asombrados de verme saltar tan deliberadamente sobre las contingencias inmediatas: "¿Te ocupas del año 2000?" Por doquier, los periodistas escribieron: "la ciudad futura". No obstante, había denominado ese trabajo "una ciudad contemporánea", contemporánea porque el mañana no le pertenece a nadie.

Sentía claramente que el acontecimiento apremiaba. De 1922 a 1925 ¿cómo se han precipitado las cosas!

1925: la Exposición Internacional de Artes Decorativas en París va a señalar la inutilidad de las miradas hacia atrás. Será una aversión total: se dará vuelta una hoja.

Normalmente puede admitirse que después de las "sublimes" futilidades llegarán finalmente las obras serias.

El arte decorativo ha muerto. El urbanismo moderno nace con una nueva arquitectura. Una evolución inmensa, fulminante, brutal ha cortado los puentes con el pasado.

Recientemente, un joven arquitecto vienés —espantosamente desilusionado— admitía la muerte inminente de la vieja Europa: sólo la joven América puede alimentar nuestras esperanzas.

"Ya no se plantea el problema de la arquitectura en Europa —decía—. Hasta hoy nos hemos arrastrado de rodillas, oprimidos, aplastados por la densa carga de las culturas sucesivas. El Renacimiento, los Luises luego, nos han agotado. Somos demasiado ricos, estamos hastiados, ya no nos queda la virginidad que puede dar origen a una arquitectura."

El problema de arquitectura de la vieja Europa, respondiale yo, es el de la gran ciudad moderna. Será el Sí o el No, la vida o la extinción lenta. Lo uno o lo otro, pero lo uno vivirá si así se lo quiere. Y nuestras demás

culturas pasadas nos facilitarán precisamente la solución pura, decantada, pasada por todos los tamices de la razón y de una sensibilidad refinada.

Ante el diorama de 1922, el director de "Broom" de Nueva York me decía: "Dentro de doscientos años los norteamericanos vendrán a admirar las obras racionales de la Francia moderna y los franceses irán a asombrarse ante los rascacielos románticos de Nueva York."

Resumen:

Entre creer y no creer, más vale creer.

Entre actuar y disolver, más vale actuar.

Ser juvenil y lleno de salud es poder producir mucho, pero serán necesarios años de experiencia para producir bien.

Estar nutrido de las civilizaciones anteriores permite disipar la oscuridad y atraer sobre las cosas un juicio claro. Es ser derrotista pensar que, pasada la época de estudiante, uno no es más que un residuo. ¿Por qué decidir que somos viejos? ¿Viejos? El siglo xx europeo puede ser la hermosa madurez de una civilización. La vieja Europa no es vieja en realidad. Sólo se trata de palabras. La vieja Europa está llena de poderío. Nuestro espíritu alimentado por los siglos es alerta e inventivo; su fuerza está en la cabeza, en tanto que América tiene brazos sólidos y el noble sentimentalismo de la adolescencia. Si en América se produce y se siente, en Europa se piensa.

No hay motivo para enterrar la vieja Europa.

Diciembre de 1924.

Primera parte

Discusión General

El hombre camina derecho porque tiene un objetivo; sabe a dónde va; ha decidido ir a determinado sitio y camina derecho.

I El Camino de los Asnos

El Camino de los Hombres

El hombre camina derecho porque tiene un objetivo; sabe a dónde va, ha decidido ir a determinado sitio y camina derecho.

El asno zigzaguea, pierde el tiempo un poco, sesera esmirriada y distraída; zigzaguea para evitar los cascotes, para esquivar la pendiente, para buscar la sombra; se preocupa lo menos posible.

El hombre rige sus sentimientos con la razón; reprime sus sentimientos y sus instintos en pos del objetivo que tiene. Gobierna a la bestia con su inteligencia. Su inteligencia erige normas que son efecto de la experiencia. La experiencia nace del trabajo; el hombre trabaja para no perecer. Para producir hay que tener una línea de conducta; hay que obedecer las reglas de la experiencia.

Hay que pensar por anticipado en el resultado.

El burro no piensa en nada, en nada más que en dar vueltas.

El asno ha trazado todas las ciudades del continente, incluso París, desgraciadamente.

En las tierras que las nuevas poblaciones invadían poco a poco, la carreta pasaba así, a contento de las prominencias y de los huecos, de los guijarros o de la turba; un arroyo era un gran obstáculo. En el cruce de las rutas, al borde del agua, se construyeron las primeras chozas, las primeras casas, los primeros poblados; las casas se alinearon a lo largo de las rutas, a lo largo del camino de los asnos. Se puso alrededor un muro fortificado y un ayuntamiento en el interior. Se legisló, trabajó, vivió y respetó el camino de los asnos. Cinco siglos más tarde se construyó un segundo cerco de murallas más grande, y cinco siglos después un tercero, más grande aún. Por donde entraba el camino de los asnos, se hicieron las puertas de la ciudad y se puso a empleados de registro. El poblado es una gran capital. París, Roma, Estambul están construidas sobre el camino de los asnos.

Las capitales no tienen arterias, sólo tienen capilares; el crecimiento señala su enfermedad o su muerte. Para sobrevivirse, su existencia está desde hace largo tiempo entre las manos de los cirujanos que acuchillan sin cesar.

Los romanos eran grandes legisladores, grandes colonizadores, grandes administradores. Cuando llegaban a algún sitio, a la encrucijada de los caminos, al borde del río, tomaban la escuadra y trazaban la ciudad rectilínea, para que fuera clara y ordenada, fácil de vigilar y de asear, para que fuera fácil de orientarse en ella, para que se la recorriera cómodamente: la ciudad de trabajo (la del Imperio) como la ciudad de placer (Pompeya). La recta convenía a su dignidad de romanos.

En su casa propia, en Roma, los ojos vueltos hacia el Imperio, se dejaron sofocar por el camino de los asnos. ¡Ironía! Los ríos, entonces, se iban, lejos del caos de la ciudad, a construir las grandes villas ordenadas (villa Adriana).

Fueron, con Luis XIV, los únicos grandes urbanistas de Occidente.

La Edad Media, asustada por el año 1000, aceptó la imposición del asno y largas generaciones la sufrieron después. Luis XIV, después de haber intentado limpiar el Louvre (la Columnata), disgustado, tomó drásticas medidas: Versalles, ciudad y castillo fabricados de pies a cabeza, rectilíneos y ordenados, y el Observatorio, los Inválidos y la Explanada, las Tullerías y los Campos Elíseos, lejos del caos, fuera de la ciudad, en orden y rectilíneos.

La sofocación estaba superada. Todo prosiguió magistralmente: el Campo de Marte, la "Étoile", la avenida de Neuilly, de Vincennes, de Fontainebleau, etc. Generaciones vivirían allí.

Pero, muy suavemente, por cansancio, debilidad y anarquía, por el sistema de las responsabilidades "democráticas", recomienza la sofocación.

Más aún: se la desea; se la realiza en virtud de las leyes de la belleza. Se acaba de crear la religión del camino de los asnos.

El movimiento partió de Alemania como consecuencia de una obra de Camillo Sitte sobre el urbanismo, obra llena de arbitrariedad: glorificación de la línea curva y demostración especiosa de sus bellezas incomparables. De ello daban prueba todas las ciudades de la Edad Media; el autor confundía el pintoresquismo pictórico con las reglas de vitalidad de una ciudad. Alemania ha construido recientemente grandes barrios de ciudad basándose en esta *estética* (porque de estética se trataba, únicamente).

Equivocación espantosa y paradójica en los días del automóvil. "Tanto

mejor, me decía un gran edil —uno de esos que dirigen la elaboración del plan de extensión de París— ¡los autos no podrán circular más!”

Ahora bien, una ciudad moderna vive de la recta, prácticamente: construcción de inmuebles, de desagües, de canalizaciones, de calles, de veredas, etc. La circulación exige la recta. La recta también es saludable para el alma de las ciudades. La curva es ruinosa, difícil y peligrosa: paraliza. La recta está en toda la historia humana, en toda intención humana, en todo acto humano.

Hay que tener la valentía de contemplar con admiración las ciudades rectilíneas de América. Si el esteta hasta ahora se ha abstenido, el moralista, en cambio, puede demorarse más tiempo de lo que parece a primera vista.

La calle curva es el camino de los asnos, la calle recta es el camino de los hombres.

La calle curva es consecuencia de la arbitrariedad, del desgano, de la blandura, de la falta de contracción, de la animalidad.

La recta es una reacción, una acción, una actuación, el efecto de un dominio sobre sí mismo. Es sana y noble.

Una ciudad es un centro de vida y de trabajo intensos.

Un pueblo, una sociedad, una ciudad despreocupados, que se dejan llevar por la blandura y pierden la contracción, pronto quedan disipados, vencidos, absorbidos por un pueblo, una sociedad que actúan y se controlan.

Así es como mueren las ciudades y cambian las hegemonías.

El ángulo recto es el útil necesario y suficiente para actuar, puesto que sirve para fijar el espacio con un rigor perfecto.

II El Orden

La casa, la calle, la ciudad son puntos de aplicación del trabajo humano; deben estar en orden, sino se oponen a los principios fundamentales que tenemos como eje; en desorden, nos hacen frente, nos traban, como nos trababa la naturaleza ambiente que combatimos, que combatimos todos los días.

Si doy la impresión de intentar derribar puertas abiertas (tal me han hecho decir a propósito de mi libro *Vers une architecture*, 1923), esto se debe a que también aquí (urbanismo) grupos poderosos, que ocupan puntos estratégicos en el campo de batalla de las ideas y del progreso, han vuelto a cerrar esas puertas, movidos por un espíritu de reacción, por un sentimentalismo desubicado, peligroso y criminal. Con un velo tejido de argucias, procuran ocultarse (de sí mismos y de los demás) del aporte de los milenios, sustraerse a la fatalidad o al determinismo de las cosas y de los acontecimientos humanos. La *marcha hacia el orden*: de esto se quiere hacer el titubeo del niño llorón o la monomanía de espíritus mezquinos. Así, el señor Léandre Vaillat me denunciaba en *Le Temps* ¡como un agente de intoxicación, como un alemán para decirlo todo!

“...Y no dejaré de replicarles (a los arquitectos que respondieran que ya es hora de obedecer la lógica) que el corazón tiene razones que la razón no conoce. Posiblemente las satisfacciones de orden abstracto no bastan para nuestra felicidad; existe en nosotros una imperiosa necesidad de ilogismo, de fantasía, de gracia: Una ciudad perfecta, una aldea modelo nos dejarían boquiabiertos...”

“No carece de importancia insistir en esto, después del último Salón de Otoño; los razonamientos del señor Le Corbusier sobre la Ciudad futura se han abierto paso; revistas, diarios, algunos de mis colegas parecen intoxicados por esta seducción de las ideas que no siempre llega —¡ay!— a ser una seducción de realidad; los infortunados no parecen distinguir lo que diferencia la vida de la abstracción, el

plano de un viejo edificio francés, tan espiritual, tan justo en su circulación, y el plano alemán tan monótono". (*Le Temps*, 12 de mayo de 1923).¹

Luis XIV y el Louvre, y Le Nôtre y las Tullerías, los Inválidos y Versalles, y los Campos Elíseos y todos los jardines "a la francesa", ¡todo alemán y obra de alemanes! Para empezar, no se debería hablar de alemanes ni de tonkineses cuando se trata de las realizaciones del espíritu. Y si el señor Léandre Vaillat que detenta en *Le Temps* (diario solemne) una columna de urbanismo (solemne en esta hora de crisis) estuviera informado sobre los considerandos de sus juicios, sabría que la historia latina, y particularmente la francesa, es toda de líneas rectas, y que las curvas, desde siempre, se hallan más bien en Alemania y los países del Norte (el barroco, el rococó, el gótico desarticulado, hasta el trazado de las ciudades modernas). El señor Léandre Vaillat y aquellos a quienes él rodea con su simpatía, adoran y practican en urbanismo la línea curva que no está en el pasado francés, en tanto que desde hace veinte años es la típica manifestación alemana. El diario *Le Temps* (órgano solemne) proporciona, mediante el señor Léandre Vaillat, hombre encantador y quisquilloso de menudas sensaciones arquitectónicas, falsa información.

Afirmamos que el hombre, funcionalmente, practica el orden, que sus actos y sus pensamientos están regidos por la recta y el ángulo recto; que la recta le es un medio instintivo y que es para su pensamiento un elevado objetivo.

El hombre, producto del universo, integra, desde su punto de vista, el universo; procede de sus leyes y ha creído leerlas; las ha formulado y erigido en un sistema coherente, estado de conocimiento racional sobre el que puede actuar, inventar y producir. Este conocimiento no lo pone en contradicción con el universo sino que lo pone en armonía; de modo que tiene razón de actuar así: no podría hacerlo de otro modo. ¿Qué ocurriría si, imaginando un sistema perfectamente racional, pero en contradicción con las leyes de la tierra, tratara de pasar del rigor teórico a

¹ En principio, evito citar a un autor por temor a traicionar su pensamiento. Aquí, no obstante, resalta claramente lo que me parece constituir la doctrina del señor Léandre Vaillat y de tantos otros aterrorizados por el hecho puro; esta doctrina es "la vida"; la vida múltiple, innumerable, con dos máscaras, con cuatro máscaras, lo podrido, lo sano, lo claro, lo confuso; lo exacto y lo arbitrario, lo lógico, el buen Dios y el buen diablo; todo mezclado; se lo vierte en una vasija, se revuelve y se sirve bien caliente; etiqueta sobre la vasija: "la Vida". Con eso, se puede estar seguro de ser un hombre vivo, múltiple, innumerable.

la aplicación en el mundo ambiente? Sería la brusca parada al primer paso. La naturaleza se presenta ante nuestros ojos en forma caótica: la bóveda celeste, el perfil de los lagos y los mares, la silueta de los montes. El sitio que tenemos ante nuestros ojos, cortado y recortado, con lejanías turbias, sólo es confusión. Nada tiene el aspecto de las cosas de que nos rodeamos, habiéndolas creado. Vista por nosotros a boca de jarro, la naturaleza sólo es aspecto accidental.

El espíritu que anima la naturaleza es un espíritu de orden; aprendemos a *saberlo*. Diferenciamos lo que vemos de lo que aprendemos o sabemos. La labor humana está regida por lo que sabemos. Rechacemos, pues, el aspecto de las cosas para adherirnos a lo que las cosas son.

Tal persona que estoy mirando me propone una masa fragmentaria, arbitraria; mi noción del hombre no es lo que veo en este instante sino lo que sé de él. Si me muestra su cara, no le veo la espalda; si extiende una mano hacia mí, ya no discierno los dedos ni el brazo; pero sé cómo es su espalda y que tiene cinco dedos y dos brazos de forma definida y concorde con funciones precisas.

La ley de la gravedad parece resolvernó el conflicto de las fuerzas y mantener en equilibrio el universo; en virtud de ella tenemos la vertical. En el horizonte se dibuja la horizontal, huella del plano trascendente de la inmovilidad. La vertical hace con la horizontal dos ángulos rectos. Sólo hay una vertical y una horizontal; se trata de dos constantes. El ángulo recto es como la integral de las fuerzas que mantienen el mundo en equilibrio. Sólo hay un ángulo recto pero existe el infinito de todos los demás ángulos; el ángulo recto tiene, pues, derechos sobre los otros ángulos: es único, es constante. Para trabajar, el hombre tiene necesidad de constantes. Sin constantes ni siquiera podría dar un paso después de otro. El ángulo recto es, puede decirse, el útil necesario y suficiente para actuar, puesto que sirve para fijar el espacio con un rigor perfecto. El ángulo recto es lícito, más aún, forma parte de nuestro determinismo, es obligatorio. He aquí, señor Léandre Vaillat, con qué sofocarlo. Y diré más, plantearé este problema: mirad en torno vuestro y hasta más allá de los mares, y en el tiempo a través de los milenios; decidme si el hombre ha procedido sobre otra base que el ángulo recto y si hay en torno vuestro otra cosa que ángulos rectos. Este examen es necesario: hacedlo y que así quede fijada al menos una base para la discusión.

En la naturaleza caótica, el hombre para su seguridad se crea un ambiente, una zona de protección que esté en armonía con lo que él es y con lo que

piensa; necesita puntos de referencia, plazas fuertes en cuyo interior se sienta seguro; necesita de cosas de su determinismo. Lo que hace es una creación que se opone tanto más al medio natural cuanto más cerca del pensamiento está su objetivo y cuanto más alejado, más liberado del cuerpo. Puede decirse que mientras más se alejan las obras humanas de la aprehensión directa, más tienden a la pura geometría; un violín, una silla que tocan nuestro cuerpo son de una geometría disminuida, pero la ciudad es de pura geometría. Libre, el hombre tiende a la pura geometría. Hace entonces lo que se denomina orden.

El orden le es indispensable, sino sus actos serían sin cohesión, sin consecuencia posible. Esto les añade, les confiere la idea de excelencia. Más perfecto es el orden, más a sus anchas se siente, más seguro. Dispone en su espíritu construcciones basadas sobre este orden que le es impuesto por su cuerpo; y crea. La obra humana es un ordenamiento. Vista desde el cielo, aparece sobre la tierra en figuras geométricas. Y si construimos, sobre los montes más abruptos, un camino que asciende a un collado, también esta es una clara función geométrica y su trocha una exactitud en el tumulto circundante.

En los grados más elevados de la creación, tendemos al orden más puro; he ahí la obra de arte. ¿Cuál es la etapa cubierta, de clasificación y apreciación, entre la choza del salvaje y el Partenón? Si la obra está en orden, perdura a través del tiempo, permanece en los espíritus como objeto de admiración. Se trata de la obra de arte, creación humana que ya nada tiene de los aspectos de la naturaleza pero que tiene con ésta leyes comunes. Una vez más, señor Léandre Vaillat, he aquí otros motivos para llevarle a los confines del horror. Vuestro amor cristiano a las cosas torcidas y desquiciadas sufre ante este cristal que me gustaría hacer resplandecer. No es usted el único que desea que sigamos fieles a rediles de trianones apolillados. Con todos los que piensan como usted, volvemos al urbanismo, pues ustedes y sus negociaciones llevarían a la ruina las ciudades y los países y la patria; puesto que nos sustraerían de nuestro medio y nos harían morir. El hombre zapa y corta en la naturaleza. Se opone a ella, la combate y se instala en ella. ¡Labor pueril y magnífica!

Siempre la ha llevado a cabo; y así ha construido sus casas y sus ciudades. El orden humano, geométrico, reina en ellas, siempre ha reinado, ha marcado las grandes civilizaciones, ha dejado los jalones deslumbrantes que constituyen nuestro orgullo y siguen siendo nuestros admonitores.

Sus calles torcidas, sus techos torcidos son pereza y fracaso. No exalte en

sus grandes diarios, con destino a quienes no están armados para fiscalizar, los vicios y los fracasos.

La ciudad lacustre prehistórica, la choza del salvaje, la casa y el templo del egipcio, Babilonia, cuyo recuerdo es sinónimo de magnificencia; Pekín, la ciudad china de gran cultura, muestran por una parte el ángulo recto y la recta asociados irremediabilmente a todo acto humano (el hombre, al crear su instrumental y perfeccionarlo admirablemente, parte prácticamente del ángulo recto y llega idealmente al ángulo recto), y por otra parte, testimonian el espíritu que llega a los confines de su potencia, de su grandeza, expresándose mediante el ángulo recto, perfección evidente y prueba al mismo tiempo, sistema admirable y perfecto, único, constante, puro, capaz de asociarse a la idea de gloria, victoria de los tiranos, a la idea de toda pureza, célula de las religiones.

París, magma peligroso de multitudes acumuladas, precipitadas, anexadas, campamento secular de los gitanos de todas las grandes rutas del mundo; París, sede de un poderío, hogar de un espíritu que quiere iluminar al mundo; París zapa y corta en su matorral y con sus heridas tiende hacia un ordenamiento, a las rectas y los ángulos rectos, organización necesaria para su vitalidad, para su salud, su duración, ordenamiento indispensable para la expresión de su espíritu que quiere sea claro y de belleza.

Si se contempla desde el aire la tierra tumultuosa y fragosa, se ve que el esfuerzo humano es idéntico a través de todos los siglos y en todos los aspectos.

Los templos, las ciudades, las casas, son células de aspecto idéntico y de dimensiones en escala humana. Puede decirse que el animal humano es como la abeja, un constructor de células geométricas.

Digamos desde ya que en los últimos cien años, sumergidos en la gran ciudad por una invasión súbita, incoherente, precipitada, imprevista y aplastante, apremiados y desmontados, nos hemos abandonado, no hemos actuado más. Y el caos ha llegado con sus fatales consecuencias. La gran ciudad, fenómeno de fuerza en movimiento, es hoy una catástrofe amenazadora, por haber dejado de estar animada por un espíritu geométrico.

Desbordante, pasando por encima de las voluntades, formado por las capacidades propias de los pueblos, el sentimiento es un logro y se torna imperativo; ordena, conduce: fija la actitud y la profundidad de las cosas.